

## HOMENAJE A D. JOSE MIGUEL PEQUEÑO ANECDOTARIO

**JOSÉ ZUFIAURRE GOYA**  
Beasain, 19 de Febrero de 1989

Entre quienes nos honramos en poder visitar con periodicidad a D. José Miguel de Barandiarán, y a su sobrina Pilar, muchos habrá que conozcan de primera mano estas pequeñas anécdotas, pero ahora que celebramos el centenario del nacimiento de este insigne investigador, estimamos serán de interés para un colectivo más amplio.

Por tanto, no pretendemos arrogarnos ninguna primicia, sino colocar nuestro granito de arena, el más pequeño sin duda, de la gran pirámide que otros construirán en homenaje al gran maestro de la antropología vasca.

D. José Miguel ha declarado en repetidas ocasiones, hasta en entrevistas televisadas, que de niño fué un mal estudiante. Incluso que hacía alguna "piparra".

Sin embargo es comprensible esta postura suya y de sus compañeros, si pensamos que las lecciones eran impartidas en castellano, lengua que no entendían. Contra la normativa vigente, el maestro tuvo que rendirse ante la evidencia, y completar, a veces, las explicaciones con traducciones al euskera.

Además de una serie de parrafadas de la literatura castellana, que aprendió de memoria hace casi noventa años sin saber lo que querían decir, y que aún recuerda en demostración de su admirable memoria, fué la geografía política, asignatura que aprendieron según podrían dictar las más modernas normas de la pedagogía activa.

El maestro dibujaba, a gran escala, en el suelo de la clase el mapa mudo correspondiente al continente que debían estudiar, señalando con un círculo y citando verbalmente las distintas naciones y ciudades según las iba trazando. Al terminar el trazado, y

tras un breve repaso, el maestro comenzaba diciendo: "Juan, vete a Roma; Pedro, vete a París;..." y así sucesivamente hasta que estimaba que la lección había sido asimilada, que es de lo que se trataba.

Según suele decir él mismo, de no haber ido a estudiar para sacerdote, hubiera tomado en su vida cualquiera de los caminos que eran normales en Ataun, y hubiera sido leñador, carbonero, cantero, carretero o labrador.

Pero su atiplada voz hizo que el cura le designara para formar parte del coro de la catequesis, empezando a tomar contacto con la iglesia un poco más de lo habitual. Dice que le llamaba poderosamente la atención la voluminosidad de los libros (misales) que usaban los curas, por lo que deducía que el aprenderlos sería tarea hartamente difícil.

Y así se lo hizo saber a su madre cuando, encontrándose ambos haciendo algún trabajo en el desván, le preguntó por sus preferencias para un oficio futuro. La respuesta de su benjamín fué clara al expresar sus deseos de hacerse sacerdote, pero con la duda de que fuera capaz de asimilar libros tan gruesos. Además, los estudios serían muy caros...

Como suele suceder en estos casos, la madre se encargó de allanar el camino. En posterior conversación con su esposo, le puso al corriente de los deseos. Corría el año 1904, y D. José Miguel tenía 14 años.

Cuando su padre le preguntó si, de verdad, deseaba estudiar para sacerdote, la respuesta afirmativa iba siempre acompañada por el miedo a no responder en consonancia al sacrificio que iba a suponer para los de casa. Pero aquel "baserritar" de San Gregorio, medio tratante, analfabeto en letras,

demonstró una vez más que no lo era en las ideas culturales, animando a su hijo mientras le decía que el hombre no puede aprender sin ensayarse.

En el otoño de aquel mismo año fué D. José Miguel a la preceptoría de Baliarrain, donde el sacerdote D. Luis Sarasola preparaba a los futuros seminaristas en los primeros años de humanidades, si bien debían superar un examen de fin de curso en el Seminario de Vitoria.

Es evidente que la responsabilidad pesaba al estudiante, y el aprovechamiento era importante. El preceptor le aconsejó que, para después de las vacaciones navideñas llevara comprados unos textos del curso segundo. En efecto, fué el único de aquel año que se presentó y aprobó los dos primeros cursos.

Aún recuerda D. José Miguel cuando, tras terminar el examen de ambos cursos, le dijo D. Liborio Azpiazu, Rector del Seminario y presidente del tribunal examinador, como recriminándole: "Casi sabes más latín que castellano". Abrumado, esperaba el suspenso seguro.

Cuando, tras la comida, apareció D. Luis Sarasola con las actas de los exámenes, y al llegar su turno le dijo: "Ay pícaro pícaro...", y se consolidaban los temores del suspenso, aquel terminó la frase: "has aprobado todo".

Estos exámenes, por libre, solían ser hacia finales del mes de Septiembre, tras los que les daban unos ocho días de vacaciones antes de iniciar el siguiente curso.

De regreso, pues, a su casa natal de "Perune zarra", para disfrutar de estas cortas vacaciones, D. José Miguel recibiría de su madre una lección tan magistral que, además de no olvidarla, le ha servido para guiar los pasos de su conducta en estos ochenta y seis años posteriores.

En cuanto tuvieron ocasión de hablar a solas, la madre felicitó nuevamente al hijo diciéndole:

"Beteta etorri aiz, ondo zegok, segi orrela"

"Has venido lleno (de méritos), está bien, sigue así"

y seguidamente vino la lección en la que le enseñaba que cuanto mayores éxitos obtuviera, más llano y humilde debería ser en su vida, a imitación de los dos manzanos de San Ignacio que tenían junto a la casa, y que cuanto más cargados de frutos estaban, más bajas e inclinadas tenían sus ramas.

"Baña San Inazio sagar oiek erakusten diguten

lezio ederra ikasi bear dek. Zenbat eta beteago, eta apalago"

A los tres meses fallecía su madre, dejando tal vacío y desconsuelo en el muchacho que, según su biógrafo D. Luis de Barandiarán, "Los labios del benjamín del caserío quedaron sellados durante varios años para toda referencia a su madre. Prefirió callar su muerte para no pasar por el dolor de recordar su ausencia"

Los siguientes diez años de su carrera sacerdotal, al igual que toda su vida, están perfectamente explicados por el ya citado biógrafo, sobrino suyo, pero nos interesa resaltar aquí cómo, además de los estudios eclesíasticos y los de magisterio, desarrolló gran afición por la Física, y aprendió alemán de forma autodidacta, pudiendo suscribirse a la revista alemana "Annalen der Physik". Sin duda, con ello pretendía estar "a la última" en dicha disciplina de su predilección, de la que sería, luego, profesor en el Seminario durante años.

Pues bien, en un ejemplar de la mencionada revista alemana aprendió D. José Miguel el esquema para el montaje de radioreceptores telegráficos de piedra galena, que se propuso fabricar.

Ni localizaba en su entorno piedra galena, ni los condensadores necesarios, pero por sus conocimientos sabía las propiedades y composición de la primera, así como los componentes y distribución de los segundos.

Por ello, comprando azufre en alguna droguería, y sacando polvo de plomo mediante limaduras que hizo a un tubo viejo que encontró, los unió calentándolos en un puchero, con lo que consiguió Sulfuro de Plomo, que constituye la galena.

Lo del condensador hubiera sido un lío..., si el joven físico no supiera que tomando un pequeño block de hojas de papel e intercalando, entre éstas, láminas de papel de estaño, de las tabletas de chocolate, podía fabricar uno que funcionó a la perfección.

Clara demostración. La carencia agudiza la inteligencia.

Con todo ello, montó su receptor radiotelegráfico, con el que escuchaba los partes meteorológicos que una emisora parisina emitía desde la torre Eiffel.

Pero hay un detalle importante, cual es el de que eran mensajes radiotelegráficos (la radiotelefonía estaba por inventarse), con lo que el sonido se recibía en alfabeto "Morse", y además desde París en francés. Lo que nos demuestra que además de los ya citados estudios, también aprendió el signifi-



cado de los pitidos del "Morse", y el idioma galo. Y todo ello de forma autodidacta. Dejamos cualquier comentario a los que puedan ocurrírsele al mismo lector...

En aquella época (1915), Europa vivía la tragedia de la Primera Guerra Mundial, con lo que los partes diarios se sucedían por parte de ambos bandos contendientes. D. José Miguel escuchaba y descifraba tanto los emitidos por los aliados como por los alemanes, comentándolos con sus vecinos y amigos de San Gregorio.

La prensa donostiarra recogía "parte" de esas noticias, con algún día de retraso sobre lo que se conocía ya en Ataun.

La noticia llegó hasta la capital, y no debió doler tanto el que las diera, como que se conocieran las que daba el bando alemán. Fué tomado por espía, y tuvo que sufrir dos visitas de enviados del Gobernador para destruir el artilugio. Alguno de ellos debió sonreír al ver aquella mezcla de cables, pucheros y papeles de chocolate, pero se le borro la sonrisa cuando el joven de Ataun, dolido le invitó a que se aplicara el auricular.

El delegado no tuvo coraje para destruir semejante obra de arte, y marchó pidiendo que no divulgara noticias.

Fué la ignorancia de sus coetáneos la que consiguió que enmudeciera aquella "joya", desmontando el propio D. José Miguel la larga antena que tenía

instalada entre la ventana y un manzano de su casa. Había corrido el rumor de que podía escuchar, con su artilugio, las conversaciones de los caseríos del barrio.

De todas formas, y siempre arrastrado por su afán investigador, ya había estado metido, con su receptor, en la cueva de Sastarri, con objeto de estudiar hasta que profundidad, bajo tierra, llegaban las ondas emitidas.

De regreso a su casa, comentó el gran pozo de agua que existía en la galería de la derecha de dicha cueva, respondiéndole su hermano mayor, el padre de su sobrina Pilar, que precisamente se decía que en la galería existente al otro lado del pozo, estaban las herramientas que antiguos mineros habían abandonado cuando cesaron en la actividad.

Pues vaya..., habría que volver a la cueva para inspeccionarla más allá del pozo. Y volvió.

No recuerda D. José Miguel cuando aprendió a nadar. Debió ser de muy niño, en algún pozo del río Agaunza que pasa tan cerca de su casa. Lo que sí declara es que nunca le ha dado miedo echarse a nadar al agua.

Pero aún con todo, la situación era bien distinta a la anterior, pues su única fuente de luz era la de un par de velas, y había que atravesar a nado un pozo de más de quince metros de largo.

Ya debía llevar pensada la solución. Dejando una vela encendida, sobre la roca, al comienzo del pozo, se ató la otra a la frente con una liz delgada, "liztakin", y lo atravesó nadando.

Aún recuerda D. José Miguel cómo le caían, frente

abajo, las gotas ardientes de la vela derretida. "Kandela tantok bekokin beera"

Tras la inspección de la galería pudo constatar que no había ninguna herramienta, y sí malos pasos para andar. Sin duda, todo sería fruto de antiguos mitos o leyendas. Pero él había investigado el tema "in situ".

Y trasladándonos ya a tiempos muy recientes, recordamos un hecho que pudimos conocer por nuestra inoportunidad. Era el año 1975 y, por indicación suya, andábamos en la sierra de Aralar buscando la ubicación de los antiguos "pelota leku", planicies con campo delimitado en las que los pastores jugaban a la pelota. Nuestro "aita" era, como siempre, el segundo de "a bordo".

Uno de los días que íbamos hacia la parte navarra de la sierra, se nos ocurrió, a las cuatro de la tarde, entrar en casa de D. José Miguel a consultarle algo sobre el tema, olvidándonos que era la hora de su cotidiano paseo por el cercano monte.

Pilar nos recibió con la cordialidad que acostumbra y, sin dejarnos marchar nos dijo que su tío volvería en breve tiempo, aunque quizás nos riéramos de ella.

Pronto entendimos por qué lo decía. Un vibrante y prolongado "irrintzi" salió de su garganta, irradiándose el sonido por todo el vallecito. En lo alto del monte que está frente al caserío Sara, se oyó luego un silbido del más puro estilo pastoril. Pilar nos tradujo el telegrama:

—"Bixitea dago"

—"Ondo zegon, ba nijon"